



EL TOREO

SE PUBLICA TODOS LOS LUNES

Se suscribe en las principales librerías de España, ó dirigiéndose directamente al Administrador de este periódico, calle de la Palma Alta, 32.—Madrid.

PRECIOS DE SUSCRICION.

MADRID Y PROVINCIAS.		EXTRANJERO.		ULTRAMAR.	
Un mes.	3 reales.	Un mes.	25 francos.	Trimestre.	2 pesos.
Trimestre.	8 "	Un año.	3 "	Un año.	4 "

Se suscribe en las principales librerías de España, ó dirigiéndose directamente al Administrador de este periódico, calle de la Palma Alta, 32.—Madrid.

AÑO VII.

Madrid.—13 de Abril de 1880.

NÚM. 235.

CUADRO ESTADÍSTICO DE LA CORRIDA CELEBRADA AYER 12 DE ABRIL DE 1880.

PRESIDENCIA DE D. JOSÉ TERESA GARCÍA.

TOROS.									PARES		PASES DE MULETA.										
Nombre y ganadería.	Divisas.	Picadores.	Puyazos.	Marronazos.	Caídas.	Caballos muertos.	Banderilleros.	Enteros.	Medios.	Espadas.	Natural.	Derecha.	Altos.	Cambios.	Pecho.	Redondos.	Trasteos.	Estocadas.	Pinchazos.	Descabellos.	Intentos.
1. Choricero, de N. Prado.	Pajiza y blanca.	Calderon (J) Chuchi.	4 4				Molina. Mariano.	1 1	1	Lagartijo.		13	10	2					1	1	
2. Grajito, de A. Martin.	Encarna- da y verde.	Calderon (J) Chuchi.	8 3		1	1	Hipólito. Francisco.	2 1		Currito.		5	4	4				8	1		
3. Pichichi, de N. Prado.	Pajiza y blanca.	Calderon (M) Calderon (J) Arcas, Calderon (F)	3 3 1 1		1 1 1 1		Regaterin. Pablo.	1 1 2	1	Frasuelo.		6							1		
4. Cohetero, de A. Martin.	Encarna- da y verde.	Calderon (J) Calderon (M)	4 3		3 1	1	Mariano. Molina.	1 1	1	Lagartijo.		3	5	2	1				1		
5. Montañés, de N. Prado.	Pajiza y blanca.	Calderon (J) Calderon (M) Arcas.	2 4 1		3 1	1	Hipólito. Francisco.	2 1		Currito.		22	16	9	3				1	4	1
6. Gazapito, de A. Martin.	Encarna- da y verde.	Calderon (J) Calderon (M) Calderon (F) Arcas.	4 4 1 1		1 1 1 1		Pablo. Regaterin.	2 1 1		Frasuelo.		21	4						3	4	
7. Judío, de Castrillon.	Enc. ^a amari- lla y verde.	Calderon (M) Calderon (J)	3 5				Guerra. Sanchez.	2 1		Hipólito.		2	2	3					2		
Totales.....			59		17	6		19	3			30	67	31	9			8	10	9	1

Ayuntamiento de Madrid

PLAZA DE TOROS DE MADRID.

Segunda corrida de abono verificada en esta plaza el día 12 de Abril de 1880.

Nadie diría que ayer pudiera verificarse en Madrid una corrida de toros.

A la una en punto comenzó á caer agua sobre la villa coronada, y á las dos y media todavía no lo habia dejado.

Mi compadre el tío Caracoles vino en busca mia á esa hora, y ambos nos dirigimos hacia la plaza nadando y con exposicion de coger un reuma.

—¡Ay, zeñon Media-Luna!—me decia mi compañero—¡ay, zeñon Media-Luna! ¡poiqué no muz habremos mercao unoz imperdiblez como loz que llevan loz guardiaz del orden público de ezta zudiá?

—¿Qué imperdibles?

—Ezez capotiyoz de hule que ze ponen pa cuando yueve.

—Esos se llaman impermeables.

—Güeno, da lo mezmto; er cazo ez que zi laz corriaz ze dan ahora en metá de un deluvio, mejor zería torear en er eztanque grande der Retiro, y zortar bezugoz en vez de cronúmetoz.

En este punto llegamos á la plaza; la gente entraba paraguas en mano y sin dejar las entradas en la puerta; disposicion previsora de la empresa, por si acaso todavía era necesario suspender la funcion por continuar la lluvia.

Hubo un momento en que las nubes suspendieron el remojo.

Llegaron las tres y media, en seco todavía, y el Sr. Teresa García hizo la señal correspondiente.

Ahora que llueva lo que quiera, diria la empresa.

Y lo mismo repetian los que estaban en loca-

lidades cubiertas; la gente de los tendidos comenzó á limpiarse la ropa con los pañuelos, para evitar manchas si el chaparrón repetía, y cada cual tomó asiento lo mejor que pudo para presenciar la fiesta.

Puestos en los lugares de avanzada el Chuchi y José Calderón, se dió suelta al primer toro, que pertenecía á la ganadería de Nuñez de Prado.

Llamábase *Choricero*, y era negro, bien puesto y flaco de carnes; para llamarse *Choricero* no se hallaba en el estado de robustez que suelen mostrar los individuos de ese oficio.

—¡Vágame Dios! ¡Qué dizguztoz debe haber tenía ese animar!

—¿En qué se lo conoce Vd.?

—En lo zacadío de carne que ze presenta.

Lo primero que hicieron los picadores con el toro fué hacerle un rajón descomunal, para cobijarse en el agujero en caso de que volviera el diluvio universal. Unos atribuían el boquete al Chuchi, otros á Pepe Calderón; pero esta es la hora que se ignora quién fué el autor del crimen.

El tío Caracoles silbó á los dos ginetes por si acaso, é hizo bien.

José Calderón picó á *Choricero* cuatro veces, dejando en una metida la pluma en el tintero; es decir, la vara en la carne del toro.

Chuchi echó cuatro firmas, sin novedad alguna para su persona ni para su caballería. El torito era blando y además le habían ablandado los de caballería, rajando primero y picando despues en el rajón; porque para ir á los agujeros tienen una gran puntería esos apreciables sugetos.

Se hizo la señal de poner palitroques, y salieron Juanillo y Mariano á desempeñar tan agradable tarea; es decir, agradable para los que miran.

Juanito puso un par al cuarteo, y medio de la misma clase y forma; Mariano cumplió con un par cuarteando.

Sonó la trompeta, y como si hubieran tocado á chaparrón, la lluvia remojó á Lagartijo, que vestido de grana y oro, pronunciaba el discurso de ordenanza con toda la sal que Dios ha puesto en el mundo.

Choricero acudía bien al trapo, á pesar de lo cual, el diestro estaba algo desconfiado; dió con la derecha doce pases y seis altos, y á continuación de esto un pinchazo, perdiendo el trapo, el sable y no sabemos cuántas cosas más.

Recogidos todos los avíos, soltó un pase con la derecha, tres altos, dos cambiados y una estocada á volapié muy buena.

No hay para qué contar que hubo muchos aplausos y algunos cigarros, que el diestro recogió húmedos de la arena.

Grajito llamaban al segundo toro, que procedía de la vacada de D. Anastasio Martín. Era negro, cornicorto, y se mostró con los piqueros voluntario y bravo; pero en cambio, estos se mostraron con él todo lo más malito que les fué posible.

José, en la primera puya que puso, abrió un ojal por donde cabía la Giralda de Sevilla atravesada, y el Sr. Chuchi, para no ser ménos, hizo otro boquete por donde cabía cómodamente la catedral de Burgos, sin desmontar una sola pieza.

Hechos estos dos agujeros, los picadores citados realizaron las hazañas siguientes: José Calderón puso ocho varas, sin ningún incidente digno de notarse y sin el menor desavío en el pencho.

El Chuchi fué más desgraciado; clavó tres puyazos; en uno perdió la sanguijuela y en otro cayó al suelo, en tan mala disposición, que fué retirado á la enfermería con una luxación en el brazo izquierdo que puede ser grave.

Este picador no volvió á trabajar en toda la tarde.

El presidente mandó tocar á banderillas, y como si no hubiera mandado tocar á nada; los concertistas timbaleros no hicieron caso.

—Cabayeros,—gritaba el tío Caracoles,—¿zan quedao uztedez milopez, que no diquelan ar uzia agitando er moquero?

El Sr. Teresa tuvo que repetir el signo, y entonces clarines y timbales dejaron oír sus armoniosos acordes.

Hipólito clavó un par cuarteando muy bueno y otro de igual forma, pero medianito de clase. Francisco Sánchez dejó otro par cuarteando, pero trasero.

Esta vez, los timbaleros oyeron la señal á su debido tiempo; y Currito, que vestía traje azul y oro, soltó la tonada al presidente, encarándose en seguida con *Grajito*, que acudía por su terreno y se prestaba al lucimiento del diestro.

Cinco pases naturales dió el espada entre buenos y malos, tres con la derecha y un pase cambiado.

Lo que luego sucedió merece verso.

Lió el telón el espada,
levantó el brazo derecho,
y con figura arrogante,
teniendo estirado el cuerpo,
tomó una actitud de gracia
y más llena de salero
que la que toma una jembra
para cantar un jaleo.
Hubo un momento de espanto,
reinó en la plaza el silencio,
y el toro, fijo mirando
con ojo terrible al diestro,
daba miedo á los más bravos
y terror al Buñolero.
De pronto el hombre se arranca
con arrojo y con denuedo;
humilla el bruto la testa,
y en instante tan supremo
Currito la espada clava;
pero, ¿dónde, Dios del cielo?
Más abajo del morrillo
lo ménos cuarenta metros:
como el tiempo estaba frío,
fué una estocada del tiempo.

Algunos señoritos aplaudieron, á pesar de lo bajito de la estocada; se conoce que para ellos el mérito está en irse á la alcantarilla al herir.

El espada dió un pase con la derecha, cuatro altos, ocho trasteos, y el animal se echó para que Guerra le dejara seco de un puñetazo.

¿Quién me compra un lio?

Puedo vender una buena remesa que recogí en la lidia del tercer toro.

¿Qué miedo y qué desórden produjo el animalito entra ginetes, caballeros y monos sabios!

Pertenecía el tercer toro á la ganadería del Sr. Nuñez de Prado; se llamaba *Pichichi*, y era retinto, verdugo, listón, abierto de cuerna, bizzo del izquierdo y de más piés que todos los bancos del mundo reunidos.

Pichichi comenzó á barrer el ruedo, y los peones á tirarse de cabeza al callejón, como si se lanzaran al mar para curarse alguna enfermedad nerviosa. Los ginetes corrían de un lado para otro, sin querer encontrar á *Pichichi* ni por casualidad. Los hombres se hacían los disimulados con la mayor habilidad. Para mayor confusión, el toro se le coló suelto á Manuel Calderón, y le pegó un trastazo muy regu-larcito.

El público se desahogaba silbando.

El tío Caracoles gritaba:

—¡Guardiaz! ¡Guardiaz!

—Pero, ¿á quién llama Vd., hombre?

—A ver zi viene un piquete de caballería y una batería de artillería, pa que ze acabe ezta revolucion.

—Ya acabará el toro con todo eso.

Por fin tuvo término aquel Dos de Mayo; restablecido el orden, Manuel Calderón puso tres puyazos y sufrió una caída, pero por encima del lomo del toro.

Pichichi, agradecido á la caricia, le dió las gracias y le mató un caballo.

Dientes pinchó tres veces y cayó una, hacien-

do del golpe una quebradura en el terreno y perdiendo una serpiente de cascabel.

Arcas no mojó más que en una ocasión, pero aunque fué una nada más, debieron parecerle al hombre doscientas, según la trompada que se ganó.

D. Francisco Calderón, célebre por sus patillas, puso otro puyazo y sufrió otro restregon contra la arena, dejando en el redondel una camisa de culebra.

Llena la plaza de cadáveres, que acreditaban la voluntad y buena cabeza de *Pichichi*, Regaterín y Pablo agarraron las tenacillas de rizar y se dispusieron á arreglar el pelo á la fiera.

Regaterín hizo una salida falsa, y pegó con los palos en el hocico á *Pichichi* un buen estacazo. Pablo, entonces, para no ser ménos, hizo otra salida y rascó la melena á la fiera.

Terminada esta sección de monadas, Regaterín dejó medio par cuarteando y uno entero algo desigual. Pablo colgó uno cuarteando bueno y otro al relance; al salir de esta última suerte, cayó al suelo, y antes que el toro tuviera tiempo de hacer por él, Valentín hizo un oportuno quite, que valió al chico muchos aplausos.

Pablo le dió la mano en señal de gratitud. ¡Qué conmovedora fué esta escena!

No hagan Vds. esas cosas, hombre, que no me bastan pañuelos para secar las lágrimas que esos espectáculos me arrancan.

Frasuelo vestía traje corinto y negro, es decir, traje de color de cogida, á pesar de lo cual, el chico, que no es supersticioso, hizo lo que ustedes verán. Ayudado de Rafael, dió seis pases con la derecha y dos altos, y luego, sin la ayuda de nadie, soltó una soberbia estocada arrancando que acabó con *Pichichi*.

El diestro se tiró como el sabe hacerlo y muy pocos le imitan.

Y comenzaron los aplausos.

La ovación duró mucho tiempo, y al redondel cayeron, además de los sombreros y cigarros de costumbre, una porción de paraguas y bastones, capas, chaquetas y otras prendas.

Entre los objetos arrojados á la arena, merece citarse un sombrero de alas tan anchas, que colocado encima del tejado, hubiera cubierto todo el circo.

Esto lo decía mi compadre, que es andaluz.

Yo no diré que el sombrero fuese tan grande, pero si había castor en las alas para hacer un hongo á cada uno de los espectadores.

La verdad en su lugar.

Es de suponer que en el tendido en que estaba el dueño de dicho sombrero no se mojaría nadie. ¡Para qué más paraguas!

A la voz de *Cohetero* contestaba el cuarto; pertenecía á la ganadería de D. Anastasio Martín, el que, haciendo alarde de su nombre (el toro, no D. Anastasio), salió echando chispas; era tardo, ojalado, bien armado de cuerna y lo bastante voluntarioso para que disparase un castillo de fuegos artificiales compuesto de siete cohetes, y de los cuales tocaron cuatro al caballero José Dientes, los tres restantes quemaron la ropa á D. Manuel, uno de los cuales hizo reventar la carretilla que montaba.

Consumida que fué toda la pólvora que para esta suerte tenía almacenada *Cohetero*, se hizo la oportuna señal para que los chicos Mariano y Juan Molina le pusieran los palillos.

Medio par puso Mariano al cuarteo, y despues de muchos preparativos y tras cinco salidas en falso, logró colocar un buen par en el mojado suelo. Juanito, despues de una salida en falso, consiguió adornarle el morrillo con un buen par al cuarteo.

Se nos olvidaba decir que el inteligente cornúpeto cortaba con la mejor intención el terreno.

Hecha la señal por el señor presidente, salió Rafael en busca de su enemigo, empleando con él la siguiente brega:

Dos naturales, cinco con la derecha, dos altos, uno cambiado, y tras un amago y despues de un pase natural, le propinó una buena estocada á

volapié, que bastó para que el pirotécnico diese en tierra con todos sus castillos y cohetes.

Y mientras los ingenieros tocaban las peteneras, cayeron muchas chisteras y doscientos mil vegueros.

Volvieron á echar paraguas, y sombrillas y abanicos, perros grandes, perros chicos y algunos pares de enaguas.

No faltaron ni chaquetas, ni tampoco pantalones, ni manojos de bastones, ni preciosas pañoletas.

Un joven echó una bota, y el diestro bebió un buen trago; si repite aquel amago baila el hombre la gavota.

El entusiasmo fué tal en todos los españoles, que hasta el tío Caracoles, que es un hombre muy formal,

Después de echar el pañuelo y un librito de fumar, no teniendo qué tirar, tiró á una mujer del pelo.

Montañés dicen que era el mote del quinto toro, que pertenecía á la ganadería de Nuñez de Prado, y salió con muchos piés y despejando el anillo.

Currito, para contener un poco la velocidad del animal, le dió tres varónicas, de las cuales una fué legítima de Jerusalén.

El bicho se mostró muy voluntario en la suerte de varas, aunque no tuvo otra condicion digna de mencionarse.

José, alias Dientes, pinchó dos veces, sin apearce y sin más novedad para el caballo que unos cuantos estacazos arrimados por los guacamayos encargados de esta agradable tarea.

Manuel Calderon pinchó cuatro veces; y en tres se lanzó sobre el barro para sacar un grabado en hueco y remitirlo al Museo.

Arcas no puso más que un puyazo, y cayó sobre el mundo, dejando una lagartija estropeada. Lo notable de la suerte de varas fueron unos juegos icarios que hicieron José Calderon y Montañés.

Este en la tercera vara arremetió con furia, y de la cornada desmontó al piquero, lo echó por los aires y cayó sobre las tablas, donde quedó montado y en actitud tranquila y reposada.

Mizté, zeñon Paco, eze toro no ze debía matar.

—Pues qué quiere Vd. que hagan con él?

—Que enzye er zeñon Cermiyoze eza zuerte con er bicho unaz cuantaz vezez y se vayan dambos por loz sircoz de Pariz y Lóndrez, mozttrandozu habilidá. Dientez, pa ezto ze puede poner en er carter: «Moziú Dientini, artizta equeztrozobre laz tablaz».

Francisco Sanchez clavó un par de palos buenos al cuarteo, y otro desigual prévia una salida falsa. Hipólito no puso más que un par cuarteando, y también salió una vez de mentirigillas.

Currito se dispuso á dar fin de Montañés.

Comenzó pasando con mucho arte, y dió al efecto cuatro naturales, uno alto y dos naturales, á lo que siguió un pinchazo bien señalado.

Luego dió un pase natural, dos altos y un pinchazo bien señalado, al que siguió otro pinchazo, también señalado en su debido lugar.

Cuatro pases naturales, tres con la derecha y uno alto siguieron á esta faena, que continuó con un nuevo pinchazo.

Y aquí entra lo malo.

Diez pases naturales dió Currito, seis con la derecha, tres altos, uno cambiado y un pinchazo á paso de banderilla bastante malito.

Después de tres naturales, dió una corta á volapié buena, y por último, un descabello certero puso término á la pelea, previos cuatro pases con la derecha y cuatro altos.

El público ejecutó la polkita consabida con mucha afición y buen gusto.

La música iba por un lado y el coro por otro. ¡Qué mal lo hacen Vds., hombre! para no tener que cantar más que ¡ahl ¡ahl ¡ahl ¡Qué poco oído, y cuánta oreja!

El sexto se llamaba *Gazapito*; era de D. Anastasio Martin, y tenía el pelo enlutado y la cuerna abierta. Salió con piés, y como por magia adivinaron los ginetes que iban á reventarse, ó poco menos, contra la blanda arena.

José Calderon clavó cuatro lanzadas, y se vino abajo como una casa arruinada en una ocasion. Perdió un cangrejo.

Manuel pinchó otras cuatro veces, y en la tercera vara descendió del penco con tanta suavidad, que á poco si se reduce á tortilla de finas yerbas.

El otro Calderon (y van tres), D. Francisco, metió el palo en carne una vez, y también tuvo la satisfaccion de estrellarse contra el pavimento.

Arcas mojó con caída, pero sin novedad para el cornúpeto.

Prévio un escándalo en el tendido número 3, Pablo y Regaterin dispusieron á *Gazapito* para la muerte, empleando el trabajo que sigue:

Regaterin dejó un par cuarteando bueno, y Pablo uno al cuarteo en la divisa y otro en el toro muy bueno, después de tirar la monterita, que se quedó á los piés del toro, y allí estaba cuando Frascuelo comenzó á pasar.

Seis pases naturales dió el espada, y Pablo, que en esta faena veía su montera á cada momento comprometida, dió una vuelta al toro, aprovechando el lance para atizar á la monterilla una patada y sacarla de aquel peligro.

El hombre es cuidadoso de las prendas del uniforme.

Frascuelo, aprovechando el momento primero en que el toro se cuadró, atizó una estocada honda á volapié, que resultó muy tendida.

Un caballero sacó luego el estoque al toro desde la barrera, martillando en la cruz con una varita.

Para estas cosas debía haber allí un sacacorchos.

El toro comenzó á taparse después de este cariñoso mandado, y el diestro hizo todo lo que á continuacion se expresa:

Nueve pases con la derecha, dos altos y una corta delantera.

Un pinchazo, perdiendo la percalina y agarrándose al árbol de las aceitunas, como si tuviera intencion de trepar.

Tres pases con la derecha, uno alto y un pinchazo.

Otro pinchazo en el pescuezo.

Otro en el testuz.

Otro en el pescuezo.

Una estocada cerca de las orejas.

Gazapito se echó, y el puntillero lo levantó una vez.

El animal se volvió á echar, y el puntillero lo remató de dos bofetadas.

Silbidos y aplausos á gusto de los consumidores.

Y vamos al toro de la añadidura.

Se llamaba *Judio*, y era de Castrillon, de Veger de la Frontera. El pelo lo tenía colorado, ojinegro y la cuerna perfectamente colocada.

Judio tenía mucha voluntad, quería armar camorra con su propia sombra; pero le faltaba dureza de carnes, y en cuanto sentía el hierro se despedía de los picadores cortesmente.

Manuel puso tres varas y José cinco, sin que los caballos tuviesen que lamentar el más mínimo disgusto; al quite estuvo el medio espada Hipólito, que es el amo en estos toros de propina que da la empresa.

Vista la blandura de *Judio*, se ordenó que comenzara la suerte de banderillas, y Francisco Sanchez, en compañía de Leandro Guerra, salieron á cumplir la orden. El segundo clavó dos pares al cuarteo, siendo el segundo muy bueno. Francisco dejó otro par, bueno también y cuarteando.

Hipólito vestía de morado y plata; cogió el trapo y el sable, se colocó delante del presidente, y comenzó un discurso acerca del ideal de la raza latina. Como la materia es larga y el tema complejo, el chico estuvo hablando toda una eternidad con el presidente, hasta que los gritos del público le hicieron poner término á una arenga que parecía infinita.

¡Apenas si se ha desarrollado en Vd. la elocuencia!

A Hipólito, vive Dios, mucho el perorar le agrada; mata como medio espada, pero brinda como dos.

Puesto delante de la fiera y ayudado de su primo el Sr. Currito, dió un pase con la derecha, dos altos, tres cambiados y una estocada tendida á paso de banderilla.

A los pocos segundos atizó otra estocada bien señalada á paso de banderilla.

Judio se echó, y tuvo el consuelo de morir rodeado de toda la aristocracia madrileña, que se habia echado al redondel.

Era de noche y venia lloviendo.

Los espectadores se fueron á sus casas en remojo como el bacalao.

APRECIACION.

La corrida ha sido buena; el ganado, encerrado desde el día anterior, y dada la temperatura que desde hace dos días reina en Madrid, no podía hacer más. El tercer toro, del Sr. Nuñez de Prado, y el sexto, de D. Anastasio Martin, han sido muy buenos. En general, todos han cumplido, mostrándose voluntarios en la suerte de varas y llegando hasta el último tercio sin huírse ni tomar querencias; únicamente el sexto ofrecía dificultades, porque se tapaba, pero fué después de recibir una estocada bastante honda.

Lagartijo, como director de plaza, muy mal; hubo momentos en que no se echaba un capote con concierto, y en que cada picador hizo lo que le dió la gana. En la muerte de sus toros estuvo muy bien, sobre todo al herir: dos soberbias estocadas acabaron con los dos cornúpetos que le tocaron en suerte, siendo el último volapié el mejor sin duda alguna. Al pasar en el primero, le vimos muy desconfiado, sin saber por qué.

Currito estuvo desgraciado al herir en su primer toro, porque la estocada resultó baja; y en el segundo pinchó muchas veces, y algunas muy mal, volviendo la cara y huyendo, cosa que no se debe tolerar á un espada que sabe seguramente su obligacion, como lo ha demostrado en muchas ocasiones. Currito es muy bueno cuando quiere; pero por lo visto en esta temporada no quiere mucho, y por eso le vimos ayer tirándose de cualquier manera en uno de sus toros porque aquel no se paraba, como si con la muleta no hubiera medios de fijar á un toro.

Frascuelo muy bien en el primer toro, al que mató de una buena estocada arrancando; en el segundo se tiró bien al dar la primera estocada, pero resultó tendida, y el toro quedó muy entero, adquiriendo el vicio de taparse. Esto dió lugar á que el espada comenzara á dar pinchazos por cualquier lado y precipitadamente, sin cuidarse de reglas. Para que un toro se descubra, es preciso que al tirarse no se olvide la mano izquierda; se aproxima la muleta al hocico, se baja, y entonces en casi todos los casos humillará la res.

Pero aunque así no fuera, los espadas, antes que intentar golletazos, deben apelar á las estocadas de recurso; no todos los toros se pueden matar recibidos ó á volapié; hay algunos con los que es preciso apelar al encuentro y á la media vuelta.

Si el público poco inteligente protesta cuando vea hacer esto á un matador, no debe importarle nada al diestro, porque cuantos entienden de toros le aplaudirán seguramente.

Hipólito estuvo muy sereno en los pases y muy certero en las estocadas, es decir, lo mismo que el día de la inauguracion.

Los picadores no hicieron nada notable.

De los banderilleros, Pablo, Francisco Sanchez y Guerra.

El servicio de plaza mediano.

La presidencia acertada.



Como anteayer hubo de suspenderse por el mal piso del redondel la corrida de toros que debia celebrarse en Madrid, se devolvió á las personas que lo solicitaron el importe de sus billetes; pero existiendo diferentes pareceres entre el público y la empresa sobre el reintegro de los anticipos, acudieron al señor gobernador de la provincia, el cual muy justamente dispuso que se devolviese hasta las doce de ayer lunes el importe de los billetes y anticipos correspondientes á las personas que no se hallaran conformes con la variación de fecha para la celebracion de la corrida, anunciándolo así la empresa por medio de un cartel fijado á las cinco de anteayer tarde.

Tenemos que hacer algunas aclaraciones respecto de la última corrida verificada en Sevilla. Manuel Dominguez no dió tres estocadas al segundo toro, sino dos; este toro se quedó fuera de los chiqueros al encerrarlo, y para meterlo lo hicieron con un palo y una manta en la punta, faena que duró cerca de un cuarto de hora y descompuso la cabeza del animal.

Este toro era tuerto y de sentido.

El célebre espada Manuel Dominguez recibió en la primera corrida verificada en Sevilla, un puntazo en el brazo derecho, de dos pulgadas de longitud, á pesar de lo cual no se quiso retirar á la enfermería y mató otro toro.

Ultimamente hemos tenido la satisfaccion de saber que sigue bien de la herida.

Los toros que se lidiarán en Murcia este año serán del duque de Veraguas y de D. Antonio Hernandez.

El primer espada es Antonio Carmona (a) el Gordito, y el segundo, segun *El Enano*, Rafael Molina.

Se habia dicho, sin embargo, que este no iria á Murcia, por tener que asistir en esa época á la inauguracion de la plaza de Vitoria.

Los toros que se lidiarán en Alicante en los dias 2 y 3 de Agosto serán del conde de la Patilla.

El espada *Lagartijo* ha estado en Córdoba en esta última semana.

Angel Pastor toreará en las próximas corridas de Málaga y de Alicante.

Felipe Garcia torea en Lisboa en el próximo mes de Mayo.

Gallito y *Lagartija* son los encargados de estoquear los toros que se lidien en las próximas corridas que han de verificarse en Orihuela.

Llamamos la atencion de la empresa para que cuando suspenda una corrida haga que se fijen, en todos los puntos de la capital donde se colocan carteles de toros, los avisos en que se da cuenta de que la funcion no se verifica.

Con no ponerlos más que en la calle de Alcalá, hay mucha gente que hace el viaje en balde á la plaza, sobre todo de los que viven en barrios extremos.

Algunos abonados nos preguntan que cuando se colocan las barandillas de hierro en las lanternas de tendido.

Ignoramos cuándo pensará el nuevo empresario cumplir esta promesa, aunque comprendemos que es una obra mayor de lo que á primera vista parece.

Copiamos de *El Avisador Malagueño*:

«El Viernes Santo en la noche ocurrió en la villa de la Alameda un suceso bastante desagradable y que pudo tener fatales consecuencias. Estando en la calle la procesion de la Soledad, con las imágenes de la Santísima Virgen, San Juan y la Verónica, y siendo como las doce de la noche, sin previo aviso, ni por tanto con las debidas precauciones, metieron por el mismo tránsito de la procesion los 14 toros que debian lidiarse en la inauguracion de la plaza de Granada, á cuyo punto se dirigian. El desorden y la tribulacion que en aquellos momentos se produjo en la concurrencia que de tal manera se vió sorprendida, fué incalculable. No hubo desgracias en el tumulto ocasionado al dispersarse más de 3.000 personas, entre mujeres y hombres que formaban el cortejo y paraban en las avenidas, pero sí muchas contusiones y sobresaltos.

Las imágenes fueron abandonadas, y al caer al suelo se destrozaron en parte, especialmente las de San Juan y la Verónica.

Afortunadamente, los toros pudieron guiarse por una de las calles que atraviesan la de la estacion que llevan y evitarse así las muchas desgracias que hubieran podido ocurrir.

El hecho se presta á serios comentarios y es en extremo extraño que de ese modo se haya procedido, cuando tan fácil era adivinar que el tránsito de las reses equivalia á un verdadero peligro para una poblacion, y sobre todo en circunstancias como la que hemos señalado.

Sin comentarios.»

De los diestros llegados últimamente de Montevideo, se cuentan muchas glorias y muchas hazañas.

El *Ostion* parece que ha sido el héroe de la fiesta.

En una de las corridas últimas, especialmente, conquistó grandes aplausos.

El último toro que salió fué del país y hubo que ponerle banderillas de fuego. Como no habia matadores, el *Ostion* despachó al animal con una soberbia estocada, de esas que poco se ven y que hacen la reputacion de cualquier primer espada.

El entusiasmo que despertó el *Ostion* al principio, se convirtió despues de la muerte de este toro en frenesí. El público en masa se levantó, agitaba los pañuelos, tiraba los sombreros al redondel y llovía sobre el simpático vasco una

lluvia de cigarros habanos. Los amigos y los aficionados estrechaban su mano y lo felicitaban. Pocas veces se ha visto en aquella plaza de toros una ovacion semejante. Un amigo del *Ostion*, amante del toreo, rumboso y servicial, le regaló una magnífica chaqueta (zamarra) de piel de lobo, cuyo coste es de 300 pesos, y un magnífico sombrero de jipijapa valuado en 100.

Para terminar, debemos decir que el héroe de la corrida fué *Ostion*, y que el público salió satisfecho y entusiasmado con los toreros de España.

ÚLTIMA HORA.

Anoche recibimos el siguiente telegrama de nuestro servicio particular:

«Sr. Director de EL TOREO.

Sevilla 12 (4,50 t.).—Toros Nuñez, regulares; Hermosilla, aceptable; Cara, bien; Gallito, mal; picador Gallardo, herido; caballos muertos, 10.»

CHARADAS.

Nada son *tercera* y *cuatro*,
nada tambien *tres* y *dos*,
anda *prima* con *segunda*,
y hay *todo* con *sombra* y *sol*.

Mi *prima* letra *segunda*,
mi *segunda* letra *tres*,
yo *segunda* *prima* un *todo*,
que aun cuando tuve con él
mucho *tercera* con *prima*,
no cumplió conmigo bien;
mas yo le mandé matar,
y con esto me vengué.
(Las soluciones en el próximo número).

Solucion á la del número anterior.

COTORRAS.

ANUNCIOS.

CUADRO LITOGRAFIADO Y ESMERADAMENTE iluminado de los HIERROS Y DIVISAS con que distinguen sus reses las principales ganaderías de España, ordenado por D. Joaquin Ortega Frascuelo.

Véndese en la Administracion de este periódico al precio de 12 rs. y se envia á provincias por el mismo precio, franco de porte.

Tambien se hallan impresos en una sola hoja, los retratos de Frascuelo, Lagartijo y Currito, vendiéndose á cuatro reales cada ejemplar.

Galería de «El Toreo.»

En la administracion de este periódico se hallan de venta, al precio de dos rs. cada uno, retratos de los espadas

MANUEL DOMINGUEZ.

RAFAEL MOLINA (*Lagartijo*).

FRANCISCO ARJONA (*Currito*).

SALVADOR SANCHEZ (*Frascuelo*).

JOSE CAMPOS (*Cara-ancha*).

DATOS PARA ESCRIBIR LA HISTORIA DE LAS ganaderías bravas de España, por un aficionado.—Este pequeño libro, que ha obtenido gran labor del público, contiene gran número de datos de la mayor parte de las ganaderías que existen y han existido, así como las cogidas más importantes que han ocasionado los más renombrados toros.

Véndese á 2 rs. en Madrid y 3 en Provincias, franco de porte, dirigiendo sus pedidos á esta administracion, calle de la Palma alta, núm. 32, Madrid.

Imp. de P. Nuñez, Palma Alta, 32.